

El ver con asombro

Huidobro al llegar a este punto en el desarrollo de su poema *Ecuatorial* se siente asombrado de las cosas que ha visto. «¡Qué cosas he visto!», exclama. Y decidido a enumerar parte de su visión terrena de los hombres escribe: «Entre la niebla vegetal y espesa/ Los mendigos de las calles de Londres/ Pegados como anuncios/ Contra los fríos muros.»

Este poeta creacionista, que programó que nos daría imágenes creadas y situaciones creadas, ¡con qué poder evocador del lenguaje nos pinta ese cuadro de miseria londinense! Se mete en el mismo corazón en donde nace el capitalismo de nuestros días y lo vivisecciona gráficamente. No existe para esa fecha denuncia más patética que la que como en una cinematografía de imágenes yuxtapuestas nos muestra en el desarrollo del poema *Ecuatorial*. Los versos transcritos hacen el efecto de un *poster* de la miseria.

De pronto Huidobro se pone a recordar, tenso el recuerdo, en aquella tarde de primavera, en ese mismo Londres, en que «Una muchacha enferma/ Dejando sus alas a la puerta/ Entraba en el sanatorio.»

La vida quedaba afuera, las alas de la vida, y lo que entraba en el sanatorio era lo muerto de la muchacha. Se aceptaba su ingreso en la llamada casa de salud cuando ya no podía vivir, cuando no era posible prolongar su existencia, cuando en ella se agotaron las alas, porque estaba realmente muerta. El sanatorio no se abría a ninguna esperanza y por eso vio el poeta cómo la muchacha dejaba sus dos alas en la puerta. La belleza temblorosa de esa escena, su ternura cándida, es, sin disputa, uno de los momentos más humanos y más hermosos de la poesía escrita en el mundo. Por sólo ese pasaje sería Huidobro inmortal en cualquier lengua.

Ecuatorial es un poema lleno de vida y de cálida poesía inventada. Estamos en 1917, cuando se escribe el poema, no cuando se publica, y el reloj verde anuncia el nacimiento de la paz en el hombre, porque los obreros han comenzado a asumir su responsabilidad en el planeta. De ese tema habla ampliamente el poeta en su poema *Altazor*. El verde era todavía el color de la esperanza en un mundo envejecido. Comienza el año con lluvia y bajo el agua van enterrando los europeos a sus muertos, a los muertos de la primera guerra mundial. El astrólogo indica que hay signos en el cielo: «Una manzana y una estrella/ Picotean los buhos/ Marte/ Pasa a través de Sagitario.»

El mundo ya no tiene fe en Dios ni en las iglesias, pero los hombres acuden a los astrólogos para auscultar el porvenir. Desean poseer el porvenir vaticinado, anticipándose a los acontecimientos de sus vidas. No se cree en los sacerdotes, pero se tiene fe en los vaticinos. En el poema *The waste Land* de Eliot, cuatro años después, surge la vidente, la cartomántica, «conocida como la mujer más sabia de Europa», que, con su perversa baraja, va urgando en el pasado, vaticinando el futuro y preparando el horóscopo que ha de llevar ella misma a su destinatario, porque se está pasando por tiempos en que hay que tener mucho cuidado. Creo que lo dicho aquí resume esencialmente lo ofrecido por Eliot sobre el tema de la astrología. Y al terminar la lectura de ese pasaje en *The waste Land* comprobamos que es mucho más rico, mucho más matizado y de gran sentido lo que expresa Huidobro. Pero vemos que también Eliot, como Hui-

dobro, comprueba que los adivinadores después de la primera gran guerra se han convertido en piezas importantes en el planeta como parte de la administración de las inquietudes más secretas del hombre.

Huidobro, sumido en los oscuros vaticinios de los astrólogos, siente que sale la luna. Se desliza como un astro maltratado, y entonces escribe risueño los siguientes versos:

Astrólogos de mitras puntiagudas
De sus barbas caían copos de ceniza

De esos nuevos obispos del misterio, de ese paradójico sacerdocio vaticinante no surgen verdades, certidumbres, y el poeta ve caer de ellos copos de una nevada copiosa, abominable y extraña. De los astrólogos —materialmente de sus barbas— caen copos de nada. Ceniza, antesala de la nada de lo que se ha vivido. Nada vivo ofrece la astrología; toda ella es copos de inexistencia. De las barbas de los astrólogos surge el símbolo de la nada y de la muerte.

Después de Huidobro haberse detenido en la mentira —en la nada astrológica—, se siente en otro lugar y dice: «Y heme aquí/ Entre las selvas afinadas/Más sabiamente que las viejas arpas.»

Sin duda es algo excelente estar —como poeta o como artista del verbo— entre la afinadora de las selvas semejante a la sabiduría de la estirpe de las arpas. Sin poseer esa excelencia antigua resulta imposible encontrar el camino de la nueva poesía. Al rey David, poeta, lo imaginamos cantando sus salmos acompañado por la destreza de un arpa bien temperada. El arpa es instrumento noble y antiguo. Posee calores populares y perfume de aristocracia. Pero el mundo de las arpas, aun con su sabiduría de pueblo y de palacios, hoy conduce a un ayer ilusorio, y en esa situación de la mente y embebido en tal certidumbre, se produce el momento en que Huidobro descubre que «En la casa / Que cuelga del vacío Cansado de buscar / Los Reyes Magos se han dormido / Los ascensores descansan en cuclillas.»

¿Qué podían los Reyes Magos hallar en esa casa colgada del vacío? ¿Y qué en ella el poeta Vicente Huidobro?

Sólo sueño, como los Reyes Magos que se han dormido; sólo descanso forzoso, como los ascensores en cuclillas. Los ascensores dejaron de ascender porque nada habrían de encontrar en la casa colgada en el vacío. En éste no se encuentra nada. Y cualquier casa que de él cuelgue, termina, indefectiblemente, en nada.

¿Qué pasará mañana con nosotros? ¿qué con lo que hemos vivido y hemos escrito?

El poeta creacionista responde: «Los hombres de mañana / Vendrán a descifrar los jeroglíficos / Que dejamos ahora.»

No pensemos que los jeroglíficos son nada más una escritura egipcia. Cada época deja en las otras sus enigmas, sus propios jeroglíficos. Sólo cuando los desciframos conseguimos entender el pasado, y entendernos. Cada época expresa sus enigmas en lo que escribe. De igual modo lo hace el poeta verdadero. Pero solamente los descifradores de jeroglíficos logran entenderlos para provecho del vulgo de los mortales. La alta cultura excluye por necesidad al ignorante. La ciencia no se entrega al recién venido. Como tampoco la revolución se da a los tontos que se dejan explotar con falsas prome-

sas. No todo hombre tiene acceso a ellas. Hay que merecer éticamente las conquistas del hombre. Así fue ayer, es hoy y será mañana. La ignorancia no entra jamás en el templo de la sabiduría. Y cuando el ignorante se acerca a sus puertas, las pone en peligro. El saber es lo único realmente aristocrático que siempre existirá en un mundo que se precia de ser demócrata. En el saber —aunque se descifren plenamente los jeroglíficos de una época— nunca se llega al final de la refriega. Cada época tiene en sus comienzos la ilusión de que eso va a suceder en ella. Huidobro, como todos los hombres de su momento, pensó que la del año 14 sería la última guerra. Desde ahí llegaría la paz y el reloj de los hombres perdería todas las horas bélicas. Y no acontece de ese modo. Nunca sospechó el poeta que habría de combatir en una segunda guerra mundial, que sería en ella herido en la cabeza y que entraría en Berlín, siendo el único oficial de nuestra América en poner su planta en el último bastión nazi.

Huidobro no sólo habló en su obra del héroe, no sólo creyó en éste, sino que puso generosamente en riesgo su vida en una nueva guerra mundial inesperada para él y en la que juzgó se arriesgaba el futuro del mundo. Este poeta que cree en los héroes y en la libertad, acepta espontáneamente, sin ningún constreñimiento, ir al combate en defensa de la libertad del hombre. La acción, en el momento oportuno y de mayor riesgo, sigue a la letra. Ética y estética se complementan en Vicente Huidobro. En la poesía de Huidobro, por ser también expresión pura del lenguaje en sí mismo, se produce lo que Paul de Man llama «la vertiginosa espiral de la dialéctica».

El original poeta chileno puede sentir en 1917 que él recorría un siglo cortado en dos, y lo consigna en *Ecuatorial* lleno de entusiasmo, aunque reconoce que el camino de Occidente lo cruza sobre un río sangriento. En ese paso le llegan asuntos de Oriente, y así «una tarde / Al fondo de la vida / Pasaba un horizonte de camellos / En sus espaldas mudas / Entre dos pirámides huesudas / Los hombres de Egipto / Lloran como los nuevos cocodrilos.»

Las lágrimas de cocodrilos —del engaño solapado del hombre— no cesan en la historia y parece que no cesarán nunca. Vendrán hoy, o mañana, sobre camellos con los hombres egipcios. O han de venir más tarde o más temprano en cualquier lugar de la tierra.

En el mundo de 1917 se producen extraños desplazamientos y a ellos se refiere Huidobro en su poema *Ecuatorial*: «Y los santos en trenes / Buscando otras regiones / Bajaban y subían en todas las estaciones.»

Los santos se desorientan ante los acontecimientos del mundo moderno. Buscan afanosos otras regiones apropiadas en que manifestar la santidad. Bajan y suben, enloquecidos, desesperados, en las estaciones de una tierra que se colocó de espaldas a lo sagrado. Huidobro entonces confiesa que su alma es hermana de los trenes; no lo es, pues, de lo santo. No hace él nada con subirse al tren donde viaja la santidad para entrar en contacto con ella. Y en tono irónico y muy alejado de lo sagrado dice:

Un tren puede rezarse como un rosario
La cruz humeante perfumaba los labios

Huidobro reza, pues, el rosario de los trenes, y entonces nos informa:

Henos aquí viajando entre los santos